

Necropsias de tiempos fallecidos

Tiempo muerto

MARGARITA GARCÍA ROBAYO
Alfaguara, Bogotá, 2017, 151 pp.

HACE POCO, el escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya dijo que la novela corta latinoamericana gozaba de buena salud. Y vaya que tenía razón, como también la tenía Mario Vargas Llosa al afirmar, con motivo de la publicación de *El sueño del celta* en 2010, que la novela en general penetraba robusta en el siglo XXI de la mano de autores audaces y originales. Refractario a las previsiones apocalípticas que lo están dando por muerto desde finales del siglo XIX, el género novelesco pervive y sabe amoldarse al espíritu de cada época. Para la muestra hay varios botones, pero veamos uno particularmente reciente en las letras de nuestro país.

La tercera novela de Margarita García Robayo, *Tiempo muerto*, es un texto relativamente corto, aunque compacto y con muchas aristas, que destaca por transmitir al lector la densidad de una realidad humana valiéndose de un número limitado —pero bien seleccionado— de elementos lingüísticos y simbólicos. Con poco, García Robayo habla, escribe profundo; esto es, capta la atención del lector a través de un modo de expresión que reúne por lo menos tres elementos: el habla coloquial (con una considerable dosis de anglicismos), la descripción minimalista (aunque sugestiva en los detalles) y un fraseo fluido, recto, sin mayores digresiones ni virajes rítmicos. Aparte de la distintiva preponderancia que da al sarcasmo y a la frase afilada, es innegable que los rasgos del estilo de García Robayo se inscriben en una tendencia narrativa muy contemporánea en cuyo núcleo se encuentra, entre otras, la argentina Samanta Schweblin, una autora bastante bien posicionada en el mercado del libro.

En ambos casos, el modus operandi de la representación ficcional se caracteriza por reconstituir, con pinceladas hiperrealistas, la crudeza de lo que es en extremo banal y cotidiano, para generar de dicho modo un lenguaje

de objetos y seres cóncavos, desprovistos de dimensiones internas, que se presentan como pura exterioridad. El resultado en *Tiempo muerto*: detrás de la barrera límpida de una realidad pequeñoburguesa que aparece ordenada y rebosante de sentido, a veces casi feliz, se devela una atmósfera poblada de vidas a la deriva que, a medida que se descomponen, participan activamente en la descomposición de las otras vidas que las rodean. En últimas, un microcosmos de patologías humanas puesto bajo un lente particularmente sensible a la sordidez.

A lo largo de 18 capítulos cortos (en promedio de ocho páginas cada uno), García Robayo logra aglutinar los ingredientes necesarios para contarnos una historia conmovedora por la ruindad y la falta de perspectivas humanizantes que constituyen el universo donde habitan sus personajes centrales. Pablo y Lucía, residentes en Florida, Estados Unidos, andan por los cincuenta años, tienen dos hijos, y son una pareja de inmigrantes colombianos desarraigados, de clase media alta, formados en universidades prestigiosas, quienes aspiran a vivir vidas creativas, intelectuales. Al cabo de los años, el distanciamiento de la lengua materna y de la propia cultura, así como la transmisión de las mismas a sus hijos, han dejado de ser inquietudes existenciales o educativas, pues ambos han sido atrapados —aunque pretendan creer lo contrario— por los tentáculos hipnotizantes del estilo de vida norteamericano (habita en ellos un cierto mutismo indolente, una cierta enajenación que se autoproclama vigilante y políticamente correcta).

Pablo, profesor de secundaria, es lo que en la narración misma se denomina un macho débil (incapaz de embarazar a su mujer) y desesperado, que detesta su trabajo. Como paliativo para hacer frente a la aridez laboral, se da contentillo con el proyecto de una novela que, aunque lleva ya varios años escribiéndola, no consigue terminar. Su estrategia consiste en esperar la llegada del desastre desde la trinchera de la indiferencia y la pasividad, pero también desde las drogas y la promiscuidad, lo que termina por provocarle un infarto. Por su parte, Lucía es una feminista radical que escribe artículos en revistas velei-

dosas, en los que revela sin tapujos su intimidad de pareja y despótica impíamente de Pablo. Su estrategia es ofensiva. Desde todos los frentes de su cotidianidad, le ha declarado una guerra sin tregua a su marido que desembocará en un final funesto para todos. Su anhelo revanchista va propulsado por lo que su psiquiatra llama “pensamiento negativo cíclico”. Lucía vive envuelta en espirales de pulsiones autodestructivas, su nerviosismo no deja en paz a nadie.

Han llegado juntos al punto de no retorno en el que consumen sus últimas bocanadas de oxígeno y, ya sin posibilidades de una ulterior reanimación, por fin se sumergen en una debacle que ellos mismos han estado fraguando durante 19 años de hostilidades y frustraciones. Pablo ha ido demasiado lejos con su doble vida licenciosa, y por su falta de escrúpulos, un día Lucía descubre sus amoríos salvajes con una vecina argentina a quien tiene por mujer deleznable. Entonces toma a los niños y se marcha. La burbuja de contención que los mantenía juntos, se revienta; el castillo de naipes empieza a derrumbarse pieza por pieza, sin estrépito, pero con una violencia sutil y desoladora que tiene la particular perfidia de desestabilizar sobre todo las vidas de sus dos hijos. Sin titubeos, García Robayo nos revela la degradación: la hija mayor, cercana a la adolescencia y con claros síntomas de una ansiedad que promete ser crónica, no para de comer; el hijo menor, precoz, superdotado, es un lector fantasioso que se pasa el tiempo inventando mundos alternos porque intuye la podredumbre que lo rodea. Asistimos, respectivamente, a prefiguraciones de la obesidad y la hiperactividad.

Ahora bien, hasta aquí, *Tiempo muerto* no propone nada original en términos de la historia. Hace siglos que se escribe, y con maestría, sobre la enajenación conyugal, la infidelidad y los estragos del divorcio (Balzac es un ejemplo insuperable). Pero no solo la novela clásica ha explotado sistemáticamente estos temas hartos trillados; también la prosa contemporánea cuenta con plumas que, a pesar de trabajarlos, han sido capaces de sorprendernos gracias a la innovación de su estilística y a la riqueza de sus perspectivas. Na-

NOVELA		RESEÑAS
<p>turalmente, lo novedoso estriba en el tratamiento del tema, en la forma.</p> <p>Sin duda, por su extensión, sus temáticas y su ambiente urbano, <i>Tiempo muerto</i> puede incluirse en una familia de novelas de corte anglosajón, tales como <i>Intimidación</i> de Hanif Kureishi, y <i>Desgracia</i> de J. M. Coetzee. No obstante, esta novela colombiana dispone de recursos intrínsecos que responden a matices geográficos y culturales locales, los cuales son explotados con mano propia para crear una densidad singular. Con relación a las novelas arriba mencionadas, <i>Tiempo muerto</i> trata, grosso modo, temas semejantes pero desde ángulos y contextos diferentes (una mirada a la inmigración colombiana en Estados Unidos, por ejemplo). Es ahí donde García Robayo conquista su cuota de originalidad.</p> <p>A pesar de que carece de un final edulcorado y deja en el lector un regusto de escepticismo, vale la pena leer con atención esta novela por otras dos razones. Por un lado, sus diálogos breves se incrustan en el ritmo de la historia con humor incisivo y precisión de relojería, y de este modo dinamizan eficazmente la narración. Por otro, el corte de los planos temporales, que a veces resulta intrincado por yuxtaposiciones que obligan a releer, devela una apuesta técnica interesante (una confección de mosaicos irregulares empalmados como en filigranas, que fluctúan sutilmente entre el pasado y el presente de la diégesis). Así, García Robayo propone una plasticidad estructural llamativa. Habrá que seguir rastreando la evolución de su prosa.</p> <p>Hay una cuestión que vale la pena considerar, y es la del posicionamiento de <i>Tiempo muerto</i> en la constelación de libros que se publican actualmente en Colombia. ¿A qué tendencia pertenece esta novela? Resulta interesante —pues no es una gratuita coincidencia— el hecho de que, al igual que en <i>El diablo de las provincias</i>, de Juan Cárdenas, en la novela de García Robayo también salga a flote la cuestión medioambiental. Veamos.</p> <p>Estos autores forman parte de una misma generación y comparten preocupaciones de época. Mientras que en el caso de Cárdenas se trata de poner en tela de juicio el monocultivo de la palma africana en el suroccidente colombiano (incluyendo la violencia</p>	<p>por el despojo de la tierra), en García Robayo asistimos a la mención del desastre ecológico en ciertas porciones de la Ciénaga Grande de Santa Marta a causa de la construcción de diques. En ninguno de los casos los narradores incurren en discursos o tonos panfletarios; ambos abordan el asunto con la aparente y delicada objetividad que exige la factura de una buena novela, aunque en las dos obras se esbozan problemas de Colombia.</p> <p>Es además curioso que en las dos historias encontremos un profesor de biología como personaje. En Cárdenas, este figura como el eje principal de la narración, en torno a él ocurre todo. En García Robayo, es una mera sombra; se trata del personaje —sin mayores atributos— de la novela de Pablo que, según se sugiere al lector, nunca llegará a escribirse.</p> <p>Desde luego, hay que ser cautos: solo a partir de dos novelas (probablemente existan otras con menor difusión editorial) no se puede asegurar que en Colombia se esté gestando un subgénero novelístico ambientalista. No obstante, es llamativo constatar que ciertos temas, así como ciertas categorías de personajes, empiezan a integrar el material narrativo de las nuevas generaciones de escritores colombianos. ¿Revela lo anterior una de sus preocupaciones de cabecera? Se verá en pocos años. En todo caso, si así fuera, a nadie habría de sorprender una toma de posición de esa naturaleza en un país donde lo que está en juego en términos ecológicos no es de poca monta, como tampoco lo son las respuestas que la literatura nacional parece estar dando a este respecto, entre las cuales podemos contar la de <i>Tiempo muerto</i>, una obra digna de atención, con óptima salud, que incita a la reflexión.</p> <p style="text-align: right;">Mauricio Polanco</p>	